

SABOR A TI ANTROPOFAGIA Y GASTRONOMÍA

Carlos Manuel Cruz Meza

Pero allá tal como aquí, en la boca llevarás sabor a mí...
Álvaro Carrillo

INTRODUCCIÓN

Canibalismo es el acto de comerse a un individuo de la misma especie; la palabra alude a la tribu caniba, habitantes del Caribe que devoraban a sus enemigos. Cuando un ser humano se come a otro se denomina antropofagia. Ha sido practicada con fines rituales, de supervivencia o como un acto criminal.

Los asesinos antropófagos han existido en diversos países y en diferentes épocas; por lo general, comen partes del cadáver después de asesinar a alguien. Los métodos que utilizan son muy variados. Unos mordisquean partes del cuerpo de sus víctimas, arrancándoselas con los dientes; otros cortan trozos de carne y la degluten cruda; algunos más cocinan pedazos completos para comérselos. Muchos de ellos empaquetan y guardan la carne para consumirla en ocasiones posteriores. Hay los que ingieren también las vísceras y los órganos internos.

La antropofagia está relacionada con un deseo de asimilar y poseer al otro, convirtiéndolo en una parte del cuerpo del victimario. También se le asocia con la fijación oral y la sexualidad bucogenital, ya que muchos asesinos prefieren comerse los órganos sexuales. En una variante de la antropofagia, las víctimas permanecen vivas mientras son devoradas, e inclusive pueden comerse partes de su propio cuerpo, por voluntad propia u obligadas por sus captores.

LA ANTROPOFAGIA EN LA HISTORIA

A través de la historia humana, diferentes culturas han practicado la antropofagia por motivos religiosos, bélicos, eróticos y criminales. Del canibalismo socialmente aceptado al señalamiento mediático del criminal que destaza y consume a su víctima, se ha desarrollado un proceso de sublimación del deseo de poseer al otro a un nivel absoluto: consumiéndolo, asimilándolo, reduciéndolo a comida.

Los pueblos europeos, asiáticos, africanos y americanos practicaron en algún momento la antropofagia, la permitieron e inclusive la fomentaron, hasta épocas tan recientes como el siglo XX. De igual manera, la fascinación que los criminales devoradores ejercen actualmente sobre la opinión pública se refleja en el gran número de seguidores que estos personajes producen.

Una leyenda afirmaba que comer la carne de una sirena convertía al comensal en antropófago.

También el roce del Wendigo, mítico espíritu que recorre los bosques de Norteamérica, transformaba al incauto en un caníbal voraz. “No hay mejor cocinero que el hambre”, señalaban con acierto los Hermanos Grimm, autores de “Hansel y Gretel”, esa joya sobre el infanticidio, la gastronomía y la antropofagia.

Los mexicas celebraban las “Guerras Floridas”, batallas controladas y simbólicas con otros pueblos prehispánicos, cuya única finalidad era obtener prisioneros para sacrificarlos en honor de los dioses, sobre todo de Huitzilopochtli, dios de la guerra, y del sol, dador y conservador de la vida. A los cautivos se les extraía el corazón mientras aún estaban vivos, el cual luego se arrojaba al interior de la boca pétreo de una estatua hueca que representaba al dios. Los cadáveres eran después desmembrados y lanzados a la multitud, quienes se encargaban de devorarlos, a veces cocinados de diversas maneras y en ocasiones crudos. Cada parte anatómica confería una cualidad simbólica a quien lo devoraba: por ejemplo, comer los testículos o el pene aportaba valor y virilidad. Todo el pueblo participaba de este rito. Siglos después, los yanomamis, tribu amazónica, incineraban a sus muertos para, con sus cenizas, salar plátanos.

CRIMINALES ANTROPÓFAGOS

Algunos antropófagos célebres marcaron para siempre la historia del crimen. En 1575, en Edimburgo (Escocia), Sawney Beane “El Caníbal de los Colinas”, líder y patriarca de una familia de antropófagos, raptó, asesinó y devoró a cientos de viajeros que transitaban cerca de la caverna donde vivía, a lo largo de veinticinco años. Fue capturado por soldados enviados por el rey, junto con veintiséis miembros de su clan. Los hombres fueron torturados y desmembrados en público; las mujeres terminaron quemadas vivas.

Uno de los casos mejor documentados ocurrió en 1928, en Nueva York: Albert Fish “El Vampiro de Brooklyn”, un anciano sadomasoquista, obsesionado con la parafernalia cristiana y que gustaba de flagelarse, secuestró a la niña Grace Budd, a quien torturó en su casa de campo de manera extensa para luego asesinarla. Después se comió su cadáver a lo largo de nueve días. Fish, quien disfrutaba al clavarse agujas en el escroto y dejarlas allí durante semanas, le escribió varias cartas a la madre de la víctima, narrándole lo que había hecho con su hija:

“Querida señora Budd: en 1894 un amigo mío se embarcó como ayudante de cubierta en el vapor Tacoma siendo el capitán John Davis. Navegaron de San Francisco a Hong Kong en la China. Al llegar allá, él y otros dos marineros desembarcaron y se fueron a emborrachar. Al regresar a puerto, el barco se había ido. En ese tiempo China padecía una hambruna, cualquier tipo de carne costaba de 1 a 3 dólares la libra. Tanto era el sufrimiento de los pobres, que los niños menores de doce años eran vendidos como comida con el propósito de que los demás no murieran de hambre. Un niño o niña menor de catorce años no estaba seguro en las calles. Uno podía ir a una tienda y pedir carne, costillas o bisteces y al mostrador era traída alguna parte desnuda del cuerpo de un niño para que uno eligiera lo que más deseara. El trasero de niño o niña, que es la parte más deliciosa del cuerpo, era vendida como un corte fino a un precio alto. John permaneció en aquella tierra por mucho tiempo al grado de tomarle gusto a la carne humana. A su regreso a Nueva York se robó dos niños

de siete y once años. Los llevó a su casa, donde los desnudó y amarró en un closet (...) Varias veces durante los días y las noches los apaleó y torturó, con el objetivo de que la carne quedara buena y tierna. El primero en morir fue el niño de once años, puesto que tenía el trasero más grande de los dos: es decir, tenía la mayor cantidad de carne. Cada parte de su cuerpo fue guisada y comida, excepto la cabeza, los huesos y las vísceras. Todo él fue hervido, frito y guisado. El niño pequeño fue el siguiente y pasó por el mismo proceso (...) Tan seguido me decía lo buena que era la carne humana, que me hice a la idea de que debía probarla también. El domingo 3 de junio de 1928 toqué a su puerta en la 406 oeste y la calle 15. Llevaba queso y fresas, tomamos el almuerzo. Grace se sentó en mi regazo y me besó. Me propuse comerla. Bajo el engaño de llevarla a una fiesta le pedí le diera permiso, a lo que usted accedió. La conduje a una casa vacía que había elegido con anterioridad en Westchester. Cuando llegamos, le pedí que permaneciera afuera. Mientras ella recogía flores, subí las escaleras y me desnudé. Sabía que si no lo hacía de ese modo, podría manchar la ropa de sangre. Cuando todo estuvo listo fui a la ventana y la llamé. Me escondí en el closet hasta que estuvo en el cuarto. Al verme desnudo, comenzó a llorar y trató de escapar por las escaleras. La sujeté y ella dijo que le diría a su mamá. Primero la desnudé. ¡Cómo pataleó, arañó y me mordió! Pero la asfixié hasta matarla. Luego la corté en pequeños pedazos para poder llevar la carne a mi lugar. Guisé su rico y delicioso trasero. Me tardé nueve días en consumir todo su cuerpo. De haber querido hubiera tenido sexo con ella, pero no quise. Murió siendo virgen”.

Albert Fish mató y devoró a otros tres niños. Fue detenido y juzgado; sentenciado a muerte, se le ejecutó en la silla eléctrica en 1936. El Daily News publicó sobre sus últimos momentos:

“Sus ojos llorosos destellaron de alegría ante la idea de ser sometido a un calor mucho más intenso, comparado con el que usualmente se quemaba para satisfacer su lujuria. Preguntó si estaría consciente en el momento de la muerte. Dijo que era el único placer que le faltaba probar: su propia muerte, el delicioso dolor de morir”.

En 1944, durante la Segunda Guerra Mundial, el oficial japonés Yoshio Tachibana mató y comió a varios soldados estadounidenses, junto con otros once militares japoneses. Con posterioridad fue juzgado y condenado. Posteriormente, entre 1966-1969, en la provincia de Guang Xi (China) y en plena Revolución Cultural encabezada por Mao Tse Tung, se cometieron allí actos de canibalismo a gran escala. Los pobladores celebraban fiestas populares todos los días, donde cocinaban cuerpos humanos y los comían; mataban a sus vecinos, a los maestros de las escuelas, a sus familiares y a supuestos disidentes políticos. Esta situación duró varios años en lo que constituye la mayor orgía caníbal de la época contemporánea. Asombrosamente, las personas no huían del pueblo para evitar ser sacrificados: se quedaban, devoraban a otras personas y eventualmente, eran comidos.

Otro caso que recibió gran atención mediática ocurrió en 1981, en París (Francia): Issei Sagawa “El Caníbal del Bosque de Boulogne”, un estudiante japonés, asesinó con un disparo a la joven estudiante holandesa Renée Hartevelt, de veinticinco años de edad. Luego violó su cadáver, lo descuartizó y se comió varias partes, entre ellas el clítoris, los pezones y las nalgas. Guardó bolsas con pedazos de carne en su refrigerador. Sagawa llevaba un diario, una bitácora en la que describió sus experiencias culinarias. Cito in extenso:

“Soy en mi estilo horrible. Tengo manos y pies pequeños, una voz filosa como la de un eunuco y una cabeza desproporcionada por la cual circula un único pensamiento. Mido un metro cuarenta y cojeo al caminar. Ella en cambio es alta. Su nombre: Renée Hartevelt. Holandesa, rubia. Por sobretodo rubia. Se ha inscrito a mitad de año en nuestro curso de Literatura Comparada (...) Mientras su boca gesticula, la mía se deforma. Cuando se marcha, me dedico a oler y lamer cada sitio donde ella ha estado sentada (...) Cenaremos sukiyaki; trozar, secar y servir. Todo muy sencillo. Prestando atención en no mezclar jamás los olores (...) De pronto una luz, un fuerte sonido y luego, su cuerpo cayendo de la silla al piso. Sus ojos, su nariz, su boca, la sangre sale por un orificio en su frente. Insisto en hablarle, pero no responde. Trato de limpiarla pero no puedo detener el fluido de su cabeza. Todo está muy callado. Sólo el silencio de la muerte persiste. No había previsto la dificultad que implica desnudar a un muerto. Finalmente lo consigo. Su cuerpo es blanco, casi transparente. La toco, es lisa. Completamente luminosa. Entonces me pregunto dónde debería morder primero. Me decido por una de sus nalgas.

“Tomo fotografías de todo el suceso. Mi nariz se cubre con su piel fría. Intento continuar pero no puedo. Un repentino dolor de cabeza me distrae. Voy por un cuchillo y lo clavo profundamente en ella. Mucha grasa exuda del corte. Es extraño cómo miles de secretos sutiles y grotescos van poco a poco apareciendo. Tras un montón de capas amarillas asoma algo de carne roja. Corto un trozo y la pongo en mi boca. No presenta olor alguno. Se derrite en mi lengua cual perfecto bocado de pescado crudo. Rebano su cuerpo y levanto la carne repetidas veces. Tomo una fotografía de su cadáver opacado solo por la profundidad de las heridas. Ya desnudo, me tiendo sobre ella y penetro su cuerpo aún tibio. Cuando la abrazo emite una especie de suspiro. Me asusto. La beso y le digo que la amo. Es increíble que aún muerta siga siendo tan reservada. Tiene una nariz pequeña y labios delgados. Mientras vivía ansié morderlos. Ahora puedo satisfacer cuantas veces quiera ese deseo. Mastico el cartílago hasta oír cómo se rompe. Utilizo un pequeño cuchillo para cortarlo aún más. Es duro y desabrido. Arrastro su cuerpo hasta el cuarto de baño. Estoy exhausto, sin embargo consigo cortar su cadera. Apuñalo el estómago. Al abrirlo sobresalen gruesos y largos tubos que se enrollan sobre sí mismos. En uno de sus extremos encuentro una bolsa gris. Debe ser su vejiga. Un intenso olor se desprende tan pronto como la levanto. Introduzco mi mano en la cavidad. Agarro otra bolsa. Creo que es su matriz. El hallazgo me paraliza por un momento. Si ella hubiera vivido, habría tenido un bebé en esta matriz. Ese pensamiento me deprime. Saco los tubos. Siento que la piel me arde. El líquido me quema los dedos. Avanzo con el cuchillo eléctrico más arriba, a través de músculos y órganos. Al llegar a la columna vertebral el aparato se detiene y debo recurrir a una pequeña sierra.

“Pongo la carne en una cacerola. Después que todo está listo, acerco la mesa y uso su ropa interior como mantel y servilletas (...) Noto que falta todavía algo de sabor. Añado sal y mostaza. Su carne es de una calidad espléndida, muy alta. Voy de nuevo al cuarto de baño y corto parte de su pecho, que deposito en el horno. Me agacho para observar cómo se hincha mientras se cocina. Lo sirvo tal cual lo he trozado. No es tan bueno como esperaba. Demasiado grasoso. Intento probar con otra parte. Empiezo a comer al azar. Muerdo un dedo del pie. Aceptable. Debo extraer la carne antes de amputar los miembros. Toco el cuerpo frío otra vez. Agarro su rodilla y la rasgo con mis dientes.

Sus muslos son muy blandos. Mastico lentamente. Cuando miro en el espejo apenas reconozco mi cara, está cubierta de grasa (...) El zumbido de tres enormes moscas me despierta. Son tan grandes que parecen un enjambre oscureciendo su rostro. Al moverme se despegan. Intento seguirlas, pero escapan. Son la señal de que ya la he perdido, que la he roto para siempre. Como un niño rompe su juguete predilecto.

“Nada en ella huele mal pese al tiempo transcurrido. Continúo comiendo, en particular sus brazos, que es una de sus partes más sabrosas. Recorto el ano y lo meto en mi boca, pero su olor es muy fuerte y me obliga a escupirlo. Al freírlo no ha disminuido su olor, por lo cual lo he dejado al interior del abdomen. Al poco rato, anhele su lengua. Como no puedo abrir su mandíbula, planeo un modo de alcanzarla a través de sus dientes. Finalmente sale, la hago estallar en mi boca y me miro masticándola en el espejo. Luego voy por los ojos. Es necesario terminar con todo esto. Desprender su cabeza es la cosa más difícil que he tenido que hacer. Corto el cuello hasta que puedo ver el hueso, después corto otra vez. (...) Con la cabeza despegada de su tallo, ahora es solamente carne. Jalo el pelo y veo como cuelga. Siento ganas de comer sus ojos. Aunque es la parte más fácil de su cara, es terrible insertar el cuchillo en ellos. Puedo ver cómo se deslizan hacia el lado izquierdo de su rostro. Ahora es casi un cráneo. Dejo la cabeza en una bolsa de plástico. Pulso varias veces.

“Requiere de gran esfuerzo cercenar las piernas. Su cuerpo salta. Finalmente se separan. Entonces corto los brazos, que resultan incluso más duros que éstas. El cuchillo eléctrico da resultado esta vez. En su mano izquierda todavía luce el anillo y la pulsera que le regalé hace unos días. Ordeno cuidadosamente los platos. Abro el refrigerador. La huelo y miro desnuda ahí adentro. Reconozco cada uno de los segmentos de carne. Esto es parte de su cadera y esto de su muslo. Los frío. Su ropa permanece sobre la mesa de cristal. Finalmente corto sus partes íntimas. Cuando toco el vello del pubis, me percató de que tiene un mal olor. Muerdo su clítoris, pero no se desprende, sólo se estira. Lo pongo en la sartén y después en mi boca. Lo mastico cuidadosamente y lo trago. Es muy dulce. Sin embargo, cuando está en la boca se hace difícil conectar un trozo de carne con un cuerpo. No guardan semejanza alguna. Pero continuaré comiendo hasta que ellos vengan. Cada día la carne llega a ser más blanda, cada día el gusto más exacto. Más dulce”.

Días más tarde, la Luna de Miel había terminado. Con un hacha, Sagawa la cortó en pedazos más pequeños para meterla en una maleta que había comprado para este fin. Mientras la desmembraba se excitó y con la mano del cadáver procedió a masturbarse. Cortó su nariz y sus labios, y los guardó para sus fantasías sexuales posteriores. A la medianoche del segundo día guardó todos los pedazos bajo llave en su maleta, llamó un taxi y pidió lo llevara al Bosque de Boulogne. Una vez allí trató de tirarla al lago, pero dada su complexión física le resultó muy pesada. Cuando descubrió que varias personas lo miraban se asustó, la tiró rápidamente y huyó. Una pareja que paseaba por el lugar vio una mano de mujer llena de sangre y llamó a la policía. Mientras tanto, Sagawa regresó a su apartamento a disfrutar de los filetes de Renee que conservaba en el refrigerador. Cada día que estuvo en libertad comió pedazos del cadáver. Juzgado y condenado en Francia, se le extraditó a Japón, donde lo liberaron por influencia de su padre, un poderoso empresario nipón. Posteriormente se dedicó a pintar, escribir, conceder entrevistas y realizar películas pornográficas, donde recreaba su crimen.

En 1984, en Moenchengladbach (Alemania), Martina Zimmerman, una mujer de veintiocho años de edad con dos hijos, aficionada al ocultismo y la pornografía, mató y descuartizó a su amante, el peluquero Hans Wirtz, durante un ritual sexual en la bañera. Después se dedicó a cocinar y comer su carne en varios plattos. Guardó la cabeza en el congelador y en las noches realizaba curiosas prácticas sexuales con ella. También la colocó en una almohada para dormir en su compañía. Descubierta por la policía, confesó su crimen y narró los escabrosos detalles. Fue sentenciada a ocho años de prisión y después liberada.

En Latinoamérica, un caso ocurrido en 1999 en San Cristóbal (Venezuela) trascendió al imaginario de sus ciudadanos. Dorángel Vargas “El Comegente” mató y se comió a diez personas, a quienes cazaba en las márgenes del río Torbes. Vargas consumió los torsos y enterró las manos, pies y cabeza de sus víctimas. Guardó las vísceras en conserva para comerlas después. La policía encontró su casa llena de frascos con restos humanos en salmuera.

Un suceso que fascinó a los medios ocurrió en 2001, en Rothenburg (Alemania): Armin Meiwes “El Caníbal de Rothenburg”, solicitó a través de Internet a una víctima para devorarla. A su llamado respondió un ingeniero, Bernd Jürgen Brandes, un hombre ansioso de ser comido. Meiwes le amputó el pene, lo cocinó y ambos lo comieron, aunque Meiwes no lo preparó bien y ni el sabor ni la consistencia les agradaron. Luego mató a Brandes, lo descuartizó y guardó la mayor parte de la carne en bolsas que colocó en su frigorífico. Meiwes grabó todo el proceso en video. Durante varios días se alimentó con carne humana. Fue capturado cuando la carne se terminó y empezó a buscar otro voluntario a través de Internet; tras un largo juicio, se le condenó a prisión perpetua.

En 2003, en China, Shen Changyin y Shen Changping, dos hermanos, contrataron a varias prostitutas, a quienes después asesinaron para comerse los cadáveres. Mataron a doce mujeres. Fueron capturados y sentenciados a muerte. Un año después, en 2004, pero en Quintana Roo (México), Gumaro de Dios Arias “El Caníbal de Playa del Carmen”, un ex militar trastornado, drogadicto y alcohólico, asesinó y devoró a su amante masculino, Raúl González, en una cabaña a orillas del mar. Cuando la policía lo encontró, estaba abrazando el torso putrefacto del cadáver y aún quedaban restos de la carne humana que había comido durante varios días. Gumaro de Dios asó el corazón de su pareja en un brasero, condimentándolo con mucha sal. También se comió los testículos y el pene, sazónándolos con hierbas de olor.

Uno de los casos que recuerdan a un macabro cuento de hadas ocurrió en 2007 en Kurim (Checoslovaquia): Klara Maurová, Katerina Maurová y Barbora Skřlová “Las Devoradoras de Niños”, enjaularon a los dos hijos de Klara. Durante un año se dedicaron a arrancarles trozos de carne de las piernas, brazos y torso, mismos que comían crudos o fritos delante de ellos. Fueron capturadas gracias a la intervención de un vecino que descubrió el sangriento ritual por medio de una cámara de vigilancia para bebés.

En 2007, en la Ciudad de México, José Luis Calva Zepeda “El Caníbal de la Guerrero” asesinó a varias mujeres con quienes mantenía relaciones amorosas. En octubre fue detenido en su

departamento, mientras cocinaba la carne de su última víctima, para comerla tras ser marinada en jugo de limón. La policía encontró el torso de su novia guardado en un ropero, una caja de cereal que contenía huesos humanos y mucha carne humana empaquetada, así como ejemplares de los poemarios que escribía y vendía en las calles. También posters con la imagen del personaje Hannibal Lecter y varias películas de terror. Calva Zepeda fue juzgado y encarcelado, y se suicidó en prisión en diciembre de ese mismo año.

CONCLUSIÓN

El canibalismo permea muchas facetas de la vida en sociedad. Las artes, la antropología, la política, la sociología, la medicina, la religión, la filosofía, entre otros campos, se han ocupado del tema. Desde los relatos orales sobre vampiros hasta las notas periodísticas contemporáneas, consumir al otro es una pulsión inconfesable y secreta, a veces incontrolable y profundamente arraigada, donde inclusive el lenguaje está lleno de frases que aluden al tema. Cuando los católicos toman la hostia les dicen que es el cuerpo de Cristo y que el vino es su sangre; cuando hablamos de querer comernos a alguien a besos, o cuando se menciona que nos “devora con la mirada”. No se puede soslayar el sentido erótico de esta práctica: “comer” es también un simbolismo del sexo oral.

El aspecto más oscuro es el ejercicio del poder absoluto sobre el otro, haciéndolo desaparecer por completo y convirtiéndolo, literalmente, en estiércol. El impacto de la antropofagia sobre la psique humana y su asimilación por diversos imaginarios nos indica que se trata, quizás, de la práctica donde mayormente se funden amor y muerte, violencia y deseo, víctima y victimario.

BIBLIOGRAFÍA

CAVARERO, Adriana, Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea, Edit. Anthropos, España, 2009, 208 pp.

CRUZ MEZA, Carlos Manuel, Monstruos entre nosotros. Historia y tipología de los asesinos, Edit. Escrito con Sangre, México, 2011, 500 pp. (libro electrónico)

MENDOZA LUNA, Miguel, Asesinos en serie. Perfiles de la mente criminal, Grupo Editorial Norma, Colombia, 2010, 200 pp.